



## mi amigo Sergio Aguirre!

(30 de julio 1935 - 24 de mayo 1997)

Conocí a Sergio Aguirre en 1957. Durante cuarenta años disfruté de su amistad y admiré su talento de actor y maestro de actuación. El era un ser entretenido porque poseía un mundo propio y fascinante que con facilidad mostraba. Su mundo estaba poblado de múltiples anécdotas sobre diversas etapas de su vida. Los momentos más evocados, para deleite de quienes gozamos su cercanía, eran el peregrinaje familiar por el Norte y las innumerables casas que habitó en Santiago.

Sus relatos eran, por momentos, poéticos y fabulosos y, desde luego, también exagerados. Entonces, se polarizaban la opulencia y escasez familiares, y era posible escucharle que en Andacollo había llegado a jugar con lingotes de oro, como quien hace caer las piezas de un dominó o que para un cumpleaños suyo o de su hermano, partía desde la elegante tienda santiaguina Gath y Chaves todo lo necesario para el gran festejo infantil celebrado en el mítico mineral de oro. Otra descripción requerida era la de la recámara de la Virgen de Andacollo con su rosario de limones de oro y otros maravillosos exvotos.

No menos entretenida resultaba la itinerancia habitacional santiaguina. En una de estas casas, él y su familia ocuparon el primer piso de una antigua construcción de dos plantas, con entradas independientes. No se conocieron inicialmente con los arrendatarios de arriba que también tenían un hijo chico. Sergio, en

esa época —la década del cuarenta— tenía menos de diez años y ya le gustaba atraer sobre él la admiración de los que lo rodeaban. Su momento estelar lo lograba cantando *Allá en el Rancho Grande*. Un día estaba en la grada de la puerta de su casa y escuchó lo que nunca hubiera deseado escuchar. El niño del segundo piso cantaba también con mucha propiedad la canción popularizada por Tito Guizar. Sergio, impotente, suplicaba hacia arriba: *¡niño del alto, no cante mi canto!* Muchos años después, ya estudiando actuación y posiblemente para escandalizar a los que afirmábamos que lo único que nos interesaba era interpretar grandes roles clásicos como Segismundo o Hamlet, él sostenía que le gustaría ser cantante como Lucho Gatica o Gilbert Becaud.

En 1960, tuvimos la oportunidad maravillosa de participar en un taller stanislavskiano dirigido por don Agustín Siré. A ese taller, con el famoso elenco del Teatro de la Universidad de Chile, fuimos invitados varios jóvenes: De allí surgió el reparto de una nueva obra de Alejandro Sieveking, **La madre de los conejos**, dirigida por el mismo Agustín Siré. Sergio fue contratado y pasó a formar parte del elenco estable del I.T.U.CH, ocupando el camarín 2. Casi todos los jóvenes que ingresamos al Varas en los 60 ocupamos el camarín 2. Sergio siempre se refirió a él como *mi camarín*, así estuviera frente a los otros ocupantes (Lucho Barahona, Tomás Vidiella, yo). ¡Por esta razón, el camarín 2 hoy se llama *el Camarín de Sergio!*

En el I.T.U.CH. trabajó con los grandes directores de entonces: Pedro Orthous, Eugenio Guzmán,



Fernando González y Sergio Aguirre en *Mi hermano Cristián*, de Alejandro Sieveking (1960).

además del propio Siré. Durante el montaje de **¿Quién le tiene miedo al lobo?** empezó su cercanía con don Agustín, y con ello el aprendizaje del oficio mirando y admirando a uno de los más grandes actores de Chile. Se podría afirmar que Sergio encontró en Agustín Siré a su gran maestro de actuación. De él aprendió la vivencia de la interioridad de los personajes. Cuando con los años llegó a ser director de nuestra Escuela de Teatro, Sergio, junto con obtener el edificio de Morandé 750 que actualmente ocupa la Escuela, honró la memoria de don Agustín, creando e inaugurando la Sala Agustín Siré, fundada en agosto de 1989 con **Las brujas de Salem** dirigida por el propio Sergio Aguirre en homenaje a su maestro, quien fuera el creador de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile

Sergio era un actor que se apasionaba con cada obra, director y personaje, a los que consideraba lo más alto que le había tocado vivir en el teatro. Ponía en práctica todo lo que se recomendaba para sensibilizarse con el mundo creado para el presente montaje. Iba

al cine, escuchaba música y leía. Sergio era un inmenso lector. La narrativa le provocaba el placer de inaugurar mundos, mundos de alguna manera acordes con el rol o la obra que ensayaba. A veces, cuando podía, se iba al mar, a Pichidangui a estudiar y crear sus personajes.

Entre otros, sus roles más destacados en el Teatro de la Universidad de Chile fueron:

- Leslie en **El rehén** (Brendan Beham, 1967)
- Jesucristo, **El evangelio según San Jaime** (Jaime Silva, 1969)
- El Burgués, **El degenéresis** (Edmundo Villarroel, 1970)
- Lopajin, **El jardín de los cerezos** (Chejov, 1971)
- Walter Koch, **La gran prescripción** (Gerardo Werner, 1972)
- Alvarado, **Chiloé, cielos cubiertos** (María Asunción Requena, 1972)
- Argón, **El enfermo imaginario** (Molière, 1985)
- Juan, **Yerma** (García Lorca, 1986)
- Borkman, **Juan Gabriel Borkman** (Ibsen, 1991)
- Galileo, **El mensajero de las estrellas** (Barrie Stavis, 1993)
- Vania, **El tío Vania** (Chejov, 1994)
- El Rector, **La pequeña historia de Chile** (Marco Antonio de la Parra, 1995)

Después del Golpe de Estado tuvo que irse del Teatro de la Universidad de Chile, tal como todos los grandes intérpretes que formaban el elenco de nuestro Teatro. Se autoexilió en Caracas, allá actuó con el Grupo Nuevo Teatro y fue maestro de actuación en la Escuela Juana Sujo.

A su regreso a Chile, funda en 1975, junto a Noisvander y John Knuckey, la Academia de Teatro Petropol. Luego, en 1976, con John y Sonia Mena, crea el Teatro Le Signe. Allí actúa, dirige y presenta nuevos valores (al muy joven Alfredo Castro, como protagonista de **Equus**, por ejemplo).

Fuera del teatro universitario protagoniza, con Sonia Mena, **La música** de Marguerite Duras, bajo mi dirección. También lo dirigi en **Te llamabas Rosicler** de Luis Rivano, donde protagonizó un memorable Padilla y en **Un tranvía llamado deseo** de Williams (1978), entregando un humanísimo Mitch. Otros trabajos dignos de mención fuera de la Universidad de

**Arnaldo Berríos y Sergio Aguirre en Galileo, el mensajero de las estrellas, de Barrie Stavis. Teatro Nacional Chileno, 1993. Dirección de Raúl Osorio.**



Chile fueron su Agamenón de Esquilo y su Dionisios de **Las Bacantes** de Eurípides (ambas dirigidas por Eduardo Barril, 1976).

El director Raúl Osorio, por quien Sergio sentía gran admiración y cariño, lo llamó, en los difíciles tiempos, a actuar al Teatro de la Universidad Católica en **Parejas de trapo** (1982) y en **Beckett o el honor de Dios** (1983).

En 1990, con la vuelta a la democracia, fue restituido a su puesto de Director del Teatro Nacional Chileno. Desde su antiguo cargo quiso devolver a su Teatro el espíritu que le conoció entre 1960 y 1973. Pero ya no había elenco y aquella vuelta al espíritu perdido sólo fue un buen aliciente para la difícil lucha teatral por la calidad y el prestigio con directores y elencos en tránsito. A fines de 1994, propuso a las autoridades de la Facultad de Artes mi nombre como Subdirector, y desde ese puesto colaboré con él hasta su muerte. Juntos planificamos e invitamos a nuevos creadores: directores, dramaturgos, diseñadores, todos reunidos junto a los más prestigiosos hombres del teatro chileno y a nuevos intérpretes. En la madrugada siguiente al estreno de **Casa de Luna** de Juan Claudio Burgos, nos dejó, no sin antes enviar sus deseos de éxito. *Esperó el estreno y partió*, dijo Alfredo Castro.

Hoy, frente al Teatro que dirigiste con tanta pasión, quisiera, amigo, que también me convidaras tu incansable fe en tu destino y tu bondad, para comprender a los demás en el momento oportuno. ¡Gracias por todo!

Fernando González  
Director Teatro Nacional  
Universidad de Chile